

DE RETORNO

Habían salido, de dos en dos, a recorrer diversas comarcas y ciudades vecinas.

Antes de partir habían recibido el poder para realizar algunos signos que avalaran sus dichos.

Los relatos evangélicos no se detienen en esta primera gira apostólica.

Están centrados en los hechos y dichos de quien los envía y, por lo tanto, omiten lo sucedido con los enviados.

Lo sucedido en dicha gira se pierde, para nosotros, y resulta verdaderamente imposible pretender reconstruir los pasos de los enviados.

¿Adónde fueron?

¿Quién acompañaba a quién?

¿Cuántos signos realizaron?

¿Qué aceptación recibió la Buena Noticia por ellos portada?

¿Cuánta resistencia a ser creíbles encontraron?

¿Cuánto tiempo insumió aquella gira?

Ninguna de estas preguntas, o cualquier otra que pueda ser añadida, habrá de encontrar alguna posible respuesta cierta.

Ni siquiera son válidas las suposiciones por más que se tenga la seguridad de que todos llegaron con un cierto bagaje de anécdotas.

Sin lugar a dudas que no arribaron con la coordinación de un único retorno.

Tal vez alguna de aquellas parejas fue encontrándose con otra pareja para hacer, juntos, la última etapa del camino de regreso.

Cada pareja con sus experiencias. Cada integrante de la pareja con sus vivencias.

Cada pareja con sus anécdotas para compartir. Cada integrante de la pareja con sus sentimientos para manifestar.

Sin duda que no fueron al encuentro de grandes actos de masas. Fueron al encuentro de alguna familia y algunos miembros del vecindario para, compartiendo lo vivido junto a Jesús, descubrieran un nuevo sentido a lo cotidiano.

No eran portadores de ninguna ciencia sino que eran testigos de una experiencia vital para ellos. Eran repetidores de lo que habían visto y oído. Las anécdotas, a sus regresos, no son otra cosa, también, que lo que han visto y oído.

Con insistencia vuelven todas esas preguntas que no han de tener respuesta.

A diferencia del libro de Los Hechos de los Apóstoles, donde ellos, en cierta medida, son los protagonistas, en los evangelios el protagonista es otro y no habíase visto involucrado en la gira más que como enviado y como receptor.

Con voces apresuradas y con pausada vehemencia van relatando sus experiencias sin omitir detalle alguno.

Todo es tan único que adquiere una fuerza tal que impide ser omitido así sea el más baladí de los detalles.

Quizás sea esta una costumbre que hemos perdido.

Cada una de nuestras jornadas posee la fuerza de una gira apostólica donde, desde lo cotidiano de nuestra vida, estamos llamados a dar testimonio de nuestra experiencia con Jesús.

Es allí donde anunciamos que Él es la Buena Noticia que tanto esperamos porque necesitamos.

Es allí donde nuestra relación con Él adquiere su sentido más pleno puesto que es una relación para ser compartida.

Compartida con los demás.

Compartida con Él.

Es en Él donde encontramos la fuerza para superar dificultades. Esas dificultades que siempre encontramos en nuestra tarea de ser testigos.

Es en Él donde sacamos la capacidad para mejorar y superarnos.

No alcanza que lo compartamos con los demás, necesario se nos hace saber compartirlo con Él.

Cada jornada debe tener ese momento donde, de regreso, le contamos lo que hemos visto y oído.

Cada jornada nos hacemos de un momento para contarle nuestra experiencia.

Padre Martín Ponce de León S.D.B.